

LUIS ALBERTO SANCHEZ Y LA HISTORIA DEL APRA

Carlos Reyna

Luis Alberto Sánchez ha conseguido ante el país una singular categoría: la de una suerte de oráculo moderno ante quien se acude en pos de explicaciones sobre nuestro pasado, de interpretaciones sobre el presente y, eventualmente, de algún pronóstico sobre lo que habrá de acontecer en el futuro.

Desde esa notoria y notable ubicación, Sánchez tiene una activa e influyente participación en la forja de nuestra memoria colectiva. Lo que en ella hay de fidelidad o distorsión, de verdad o leyenda respecto a la historia del país; se lo debemos a mucha gente pero pocos han tenido la gravitación de Luis Alberto Sánchez.

El libro que nos ocupa es el tercer volumen de la obra que sobre la evolución de su partido está escribiendo el autor¹. El primero y el segundo versaron sobre los orígenes del aprismo y sobre la guerra civil de los treinta respectivamente. Este abarca desde 1935, cuando acababa de morir sin nacer la sublevación aprista del Agustino, hasta 1948 en que el General Odría derroca a Bustamante.

No se ha esforzado mucho el Dr. Sánchez para elaborar esta parte de la historia de su Partido: para reconstruir el proceso político del 35 al 48, se limita a mostrar una sucesión cronológica —sin mayores aportes historiográficos— de los episodios más candentes del periodo; para enseñarnos lo que fue el Apra de entonces, se limita a mostrar las acciones y reacciones de su capa dirigente y de Haya en especial. Lo que es más lamentable es que se trata de un libro escrito a la defensiva, una de esas historias de Partidos en las que la capacidad crítica del intelectual sucumbe ante el espíritu justificatorio y encubridor del militante.

Desde la primera página el lector asiste a un desfile de acontecimientos con los detalles y documentos respectivos que el autor ha sabido ensamblar

1. *Apuntes para una biografía del Apra III: la violencia*, Lima, Mosca Azul Editores, 1981.

en una narración que resulta sencilla y amena. Nos cuenta sobre el asesinato de los esposos Miró Quesada; la arbitraria anulación de las elecciones de 1936; el asesinato de Manuel Arévalo; la conspiración aprista del "Negus" desde Bolivia; las resonancias políticas de la II Guerra en el País; el viraje doctrinario del Apra; la conspiración entre masónica, espiritista, aprista y urrista que le costó la vida al General Rodríguez... y más detalles y documentos sobre los otros asesinatos, coyunturas electorales y sublevaciones frustradas hasta llegar al golpe de Odría luego del largo receso parlamentario que comenzó en julio de 1947.

En el tratamiento de estos episodios Sánchez exagera las vinculaciones de Benavides y de Prado con el fascismo y el comunismo respectivamente —llega a decir que Prado era "fervientemente pro-comunista"—; no obstante nos trae a la reflexión las indudables simpatías de Benavides por la España franquista y el pro-pradismo de los comunistas peruanos en aquellos años. Al mismo tiempo, en un país donde suele convertirse en paladines de la democracia a gente que hizo muy poco para defenderla, nos hace recordar cómo Bustamante se opuso a la amnistía para los presos de las dictaduras, impidió las elecciones municipales y complementarias y, al final, firmó apresuradamente el decreto-ley que puso en la ilegalidad al Partido Aprista el 4 de octubre del 48.

Pero todo esto ya había sido expuesto, con mayor elegancia, en sus *Memorias de un peruano del siglo XX*. Hay que esforzarse para encontrar algún aporte historiográfico nuevo en este tercer volumen sobre la saga aprista y es así que como excepción hallamos una interesante carta de Haya de la Torre² que revela la minuciosidad con que éste dirigía a su Partido. La correspondencia entre Haya y Sánchez, recientemente publicada, reafirma esta característica del Haya dirigente y organizador.

Ya que no hay mayores aportaciones en cuanto a materiales informativos, era de esperarse, entonces, una innovadora interpretación del periodo estudiado. Sánchez pudo habernos entregado una evaluación bastante esclarecedora dada su agudeza perceptiva, el filo crítico de su pluma y, sobre todo, su condición de protagonista de los hechos narrados entre 1945-48. Dicho filo, sin embargo, apenas ha arañado la superficie de los hechos: los ha tratado como una simple sumatoria de coyunturas y no como un proceso cuyas claves había que desentrañar.

Por eso es que, más allá de dejarnos la justificada impresión de que la política de aquellos años fue efectivamente violenta, no nos dice casi nada sobre las características de la violencia ni sobre las raíces sociales de la misma.

2. p. 51

Lo distintivo de la violencia política de los años treinta y cuarenta parece ser que ella llegó a tocar hasta a las mismas cumbres del poder. Fueron víctimas no solamente los anónimos integrantes de una masa también anónima, sino, además, varios de los connotados miembros de la élite política, militar e intelectual del país. Pero también hubo violencia hacia y desde los que no tenía renombre o no pertenecían a ningún grupo dirigente, contra los huelguistas comunes y corrientes, contra el peón o el siervo del campo, contra el aprista perdido entre la multitud. De esta violencia contra la masa popular, la misma que hoy subsiste como un rito cotidiano en el ejercicio del poder, Sánchez no nos dice prácticamente nada. Ha creído suficiente el narrarnos lo duro que fue hacer política para la *intelligentsia* de esos años.

Tampoco intenta explicar el por qué de esa violencia en la confrontación política. Hay sutiles sugerencias, en este y otros libros o artículos del mismo Sánchez, de que ella se debió, principalmente, a terribles malentendidos entre dos bandos que habrían podido conciliarse si no hubieran mediado las bajas pasiones agitadas por personajes como los Miró Quesada, Beltrán y Ravines³. Es ilustrativo sobre esta forma de pensar el hecho de que el capítulo referido a los años 45-48 de sus *Memorias* lleve el título de “La Caldera del Diablo”.

Es muy probable de que los malentendidos y los sentimientos subalternos hayan jugado un rol importante pero... ¿Fue esa la razón de fondo de la violencia política y no los contrapuestos programas y movimientos sociales representados por Haya y Beltrán en ese entonces?

Posteriormente, el Partido Aprista pudo entenderse con los barones del azúcar y hasta con Beltrán y Ravines, pero se nos ocurre que esto era bastante improbable antes de los 50. La tesis de los malentendidos —“amores contrariados” diría Haya refiriéndose a los militares—, antes que explicar la violencia de los treinta y cuarenta, constituye más bien una forma de evaluarla que ayuda a justificar la ulterior reconciliación entre el Apra y los oligarcas.

Si la historia política del país nos es presentada como una sucesión de momentos más o menos dramáticos y espectaculares, la historia del Partido Aprista nos es presentada como una historia de su dirigencia: sus manifiestos, sus conspiraciones, sus debates internos, Haya de la Torre, la Célula Parlamentaria Aprista, etc. La masa, el pueblo aprista, no han merecido la atención ni el análisis del Dr. Sánchez.

3. Uno de estos malentendidos habría sido el referente a los autores del asesinato de los esposos Miró Quesada en 1935 y si estuvo o no implicada la dirección aprista. En la página 30 Sánchez señala cuáles fueron, a su juicio, los efectos de este malentendido.

Bajo esta óptica los roles históricos del grupo dirigente aparecen inevitablemente sobredimensionados. A ojos de lector, la lucha política adquiere un carácter eminentemente conspirativo. La historia parece decidirse en el CEN aprista, en la Conferencia Panamericana del 39, en alguna conversación en el Hotel Bolívar o en las oficinas editorial de *La Prensa*, en el Gabinete Ministerial o en los pasillos del Congreso. Los mítines de masas son apenas pinceladas tangenciales en el cuadro que nos pinta esta historia de la élite dirigente. No hay una sola referencia a la CTP y menos a una sola huelga.

Podría argumentarse, en descargo de Sánchez, que él no ha pretendido hacer sino unos “Apuntes para una biografía del Apra” y no la biografía misma, y que por tal razón su trabajo sólo muestra las coyunturas más saltantes y lo que hizo o no hizo la dirección del Partido. Pero el propio Sánchez demuestra sus preferencias por la historia elitista y por las élites cuando dice:

“Los directivos de un Partido entienden y manejan las conveniencias con frialdad, en las masas predominan las pasiones y el sentimentalismo...”⁴.

A la luz de este aserto, podemos decir que para el Dr. Sánchez lo relevante en política es, la actividad de los dirigentes y la historia de la política, la narración de sus actividades.

¿Qué otra concepción de la política podría tener el Dr. Sánchez? El es, en el país, uno de los más destacados defensores de la democracia representativa, del parlamentarismo, un sistema político en donde los asuntos del poder quedan en manos de profesionales de la política, de “representantes” del pueblo que los elige pero de cuyo control escapan tan pronto como son elegidos.

Pero ya que el autor cree tanto en la lucidez de las dirigencias y tan poco en la pasión de las masas, podría habernos explicado cómo así la lucidez de los dirigentes apristas no pudo evitar su derrota en 1948.

En julio de 1945, cuando comenzaba el régimen del Frente Democrático Nacional, el Partido Aprista estaba más fuerte que nunca, tanto electoral como sindicalmente. El mitin más grande de su historia ha sido aquél del 20 de mayo de ese mismo año. Al poco tiempo, surgieron células apristas hasta en el ejército, la marina y la aviación, especialmente entre la suboficialidad. Altos oficiales de las tres armas demostrarían más tarde sus inclinaciones apristas.

La llamada plutocracia estaba a la defensiva y dispersa. Las propias FF.AA. habían venido tomando sus distancias respecto a ella y hacía décadas que carecía de un partido que la representara.

4. p. 112.

Está por precisarse todavía cuál fue el proyecto político real del Partido Aprista durante el régimen del FDN. Puede presumirse que éste era visto como un régimen de transición hacia otro en que el Partido no debería depender de aliados para manejar las riendas del gobierno. Durante la transición, el PAP impulsaría las reformas económicas y sociales que le permitirían ampliar aún más su base popular para asegurar el ansiado triunfo ulterior. Pero, cualquiera que haya sido el proyecto, el hecho es que el golpe de Odría significó una de las más importantes derrotas históricas del Aprismo.

Sin embargo, el Dr. Sánchez no nos ofrece ningún balance que establezca siquiera de manera aproximada las lecciones del fracaso. No ha hecho, por ejemplo, el más mínimo intento de explicarnos si Haya y la dirección aprista manejaron bien o mal las conveniencias del partido o de si este manejo contribuyó a la derrota y a otros ocho años de clandestinidad, cárcel y exilio para los apristas.

Régis Debray, al analizar las causas de la caída de Allende⁵, sostiene que una de las más importantes fue la forma en que tuvo lugar su acceso al gobierno en 1970. Podría decirse que la debacle aprista estuvo anunciada en un importante elemento de fragilidad que tuvo la victoria de 1945: Quien llegaba al gobierno era un Frente Democrático Nacional que sumaba fuerzas para el triunfo electoral, pero que las restaba de manera decisiva a la hora de determinar una orientación, un plan, o siquiera un estilo de gobierno.

En efecto, los manifiestos del FDN constituyen proclamas impecablemente democráticas, pero están y estaban muy lejos de constituir un real programa para conducir el Estado y el país. En sus *Memorias*, Sánchez admite algo de esto cuando dice:

Desde antes de instaurarse el régimen del FDN, ya éste anduvo dividido entre tirios y troyanos y cada cual guardó su puñal bajo el cinto pensando que no estaba lejos la hora de emplearlo⁶.

Macera, en sus *Conversaciones con Basadre*, señala lo siguiente respecto a los acuerdos del FDN:

Dejaban un enorme margen para la buena fe que es la cosa más rara del mundo no sólo entre los políticos...⁷.

Y, al parecer, el mismo candidato presidencial del FDN era algo inadecuado. Macera recuerda una frase de Martín Adán sobre el particular:

Elegir Presidente del Perú a Bustamante es como nombrar Director del Panóptico a Santa Rosa de Lima⁸.

5. Régis Debray, *La criba chilena en La crítica de las armas*.

6. Luis Alberto Sánchez. *Testimonio personal: Memorias de un peruano del siglo XX*, Ediciones Villasán, 1969. Volumen II, p. 777.

7. Pablo Macera: *Conversaciones con Basadre*. Mosca Azul Editores, Lima. p. 102.

8. Idem.

Parte de la paradoja de que el 4 de octubre del 48 el Partido Aprista fuera ilegalizado por el mismo Presidente a quien llevó a gobernar se explica por la fragilidad de los acuerdos del FDN. Pero la fragilidad alcanzó a otras importantes decisiones de la dirigencia aprista.

Una vez que, luego del crimen Graña en enero de 1947, la plutocracia pasa a la ofensiva bajo la conducción de Pedro Beltrán y Gildemeister⁹, la dirección aprista parece pasmarse y comete un error de antología: el entonces diputado Fernando Belaunde había presentado un pedido de interpelación a quien era Ministro de Gobierno, el General Manuel Odría. Lo acusaba de orientar mañosamente contra el Apra las investigaciones sobre dicho crimen. Belaunde presentó Moción de Censura pero la Célula Parlamentaria Aprista votó en contra y fue el diputado Sánchez —sí, Luis Alberto Sánchez— el encargado de sustentar la defensa de quien sería más adelante el verdugo de sus compañeros. Durante la sesión Luis Alberto Sánchez llegó hasta a aconsejar al General Odría cómo debería defenderse de las acusaciones de Belaunde y de otros interpellantes. Esta sería la última decisión importante del Parlamento pues dos días más tarde clausuró su legislatura y no llegó a abrir ninguna otra, primero por el receso y luego por el golpe.

Las vacilantes marchas y contramarchas de la dirección aprista y del propio Haya volvieron a ponerse de manifiesto en lo referente a los preparativos insurreccionales —más precisamente putchistas— en que participaron, entre otros, el Teniente de Marina Pablo Ontaneda y el Mayor Villanueva. Fue la constante postergación del momento en que debía realizarse la sublevación lo que desesperó al grupo de conspiradores que lanzó por su cuenta el frustrado alzamiento del 3 de octubre¹⁰.

Provocando el surgimiento de procesos y fenómenos que después no pudo controlar y que se volvieron contra ella, la dirección aprista hizo el papel de aprendiz de hechicero que cae víctima de sus propios experimentos. Que pasó con la frialdad con que debió manejar las conveniencias del Partido, es algo que Sánchez debía de explicarnos, pero ni siquiera lo intenta. El Sánchez intelectual es doblegado por las tendencias exculpatorias y encubridoras del Sánchez aprista. En lugar de una explicación, el lector recibe una evasiva.

9. El rol de Gildemeister ha pasado generalmente desapercibido. La reciente tesis de doctorado de Gonzalo Portocarrero contiene algunas cartas interesantes entre este personaje y Pedro Beltrán.

10. El conocido libro de Villanueva, hoy en día apasionado antiaprista, y el folleto de Ontaneda *Vivencias revolucionarias*, que sigue siendo aprista, coinciden en este punto.

Dicen que los oráculos de la antigua Grecia respondían a sus interrogadores con ambiguas y vagas referencias. Razón de más para que el Dr. Sánchez mantenga la condición de tal con libros como *La violencia*, pero, las nuevas generaciones, interesadas en atesorar las lecciones de la historia sobre la base de una masiva acumulación de hechos y de un riguroso examen de sus interrelaciones, harían bien en tomar una respetuosa y prudente distancia frente a ésta o cualquiera otra lumbrera: ni tan lejos que no ilumine ni tan cerca que enceguezca.